

FLORA DE LA ROSA IGLESIAS Mediadora intercultural



La historia de Flora es el fiel reflejo de que la realidad supera la ficción. Un día, caminando, recogió a un señor que, tirado en la calle, sufría en el cuerpo y en los huesos las inclemencias de un tiempo helador. Le pidió que le ayudara y le prometió que, si cuidaba de él y de su esposa, con demencia senil, le dejaría su vivienda al morir. Flora acudió al día siguiente, tal y como le indicó el individuo, a la dirección señalada. "Pensé que su ofrecimiento se le habría ido de la cabeza. Pero no fue así. Soy Flora, la gitana que vende, le dije. Pregúntele a la señora de enfrente e infórmese de quién soy, porque friego en su casa. Y, efectivamente, lo hizo. La mujer le comentó que yo era trabajadora y honrada. Tras dos meses en los que pudo comprobar mi lealtad y honestidad, me dio las llaves de su inmueble. Les hacía las comidas, las cenas, me encargaba de sus medicinas, de todo. Aquel hombre cumplió su promesa y me nombró heredera universal de su casa, donde actualmente vivo con mi marido y mis tres hijos."

Lucharía con uñas y dientes para que se sepa que nuestra cultura no es mendicidad o delincuencia

Florencia de la Rosa Iglesias nació en Talavera de la Reina. Su morada, formada por sus padres y ocho hermanos, se ubicaba en un núcleo chabolista de 25 familias gitanas situado en las afueras de la ciudad. Con siete años ingresó en el colegio de las monjas agustinas. A pesar de que su padre se opuso a la idea, finalmente prevaleció la decisión de Carmen Iglesias, su madre, que además de haber estudiado durante la infancia, siempre tuvo clara la importancia de la educación. "Trabajaba en el chalet de la señora más rica de Talavera, que estaba casada con el jefe de todas las fábricas de muebles. Tras hablar con mi madre se hizo cargo de mi educación y la de mis dos hermanas pequeñas. Nos pagó el colegio, el uniforme, el comedor... De hecho nos inscribió en el mismo centro al que iban sus hijos. Recuerdo que el autobús nos recogía en la chabola, donde sólo nosotras accedimos a la formación." Las hermanas agustinas, conscientes de su delgadez, le esperaban diariamente con las vitaminas en el comedor. Flora se sintió muy arropada, no sólo por ellas, sino por la mayor parte de las alumnas, con las que aún hoy mantiene su amistad.

A los trece años tuvo que abandonar los estudios para cuidar a una hermana que tenía una parálisis. "Mi madre, como muchas mujeres gitanas, se tenía que ganar la vida. Recuerdo que durante aquellos años también estuve ambulante y acudía a las ciudades donde vivían mis otras hermanas para ayudarles con los niños y que ellas pudiesen trabajar." A los dieciocho años contrajo matrimonio con su actual marido. Posteriormente llegaron al mundo tres varones, mudanzas y trabajo, mucho

trabajo. "Hasta mi actual puesto de mediadora social en la Comunidad de Madrid, he vendido collares y abanicos en la Puerta del Sol, he salido corriendo de los guardias con la mercancía, he limpiado viviendas... He trabajado mañana, tarde y noche para salir adelante. Comencé en la zona de Entrevías, siempre cerca de casa porque tenía que hacer la comida, cuidar de mis hijos y respetar unos horarios."

Con 24 años, Flora había vivido en diversos domicilios. Entre ellos la casa de sus suegros; una chabola que ocuparon durante nueve meses al decidir marcharse del techo de su familia política y una pequeña casa cedida por su prima-hermana. "A esa edad tuve una revolución. Nunca me he amargado, la depresión no ha podido conmigo. Siempre he dicho puedo, puedo y puedo. Yo percibía el IMI (prestación de los servicios sociales). Hice cursos porque tenía que hacer algo, quería aprender más de lo que sabía. Acudía con la mercancía y con mi hijo pequeño. Estudié seminarios de nivelación cultural, técnicas de ventas, planificación familiar y logré terminar el graduado escolar."

Todo ello le valió a la hora de conseguir su actual empleo. "Necesitaban mediadoras sociales y me llamaron. También me he dedicado a operaciones de compraventa de inmuebles. Me siento muy satisfecha con mi trabajo porque todo lo que he conseguido ha sido con mucho esfuerzo. Sé que me gano lo que como y que a mis hijos no les falta de nada. Mi función consiste en concienciar a los padres de la necesidad de la formación. Procuro que no haya absentismo escolar y motivamos tanto a los niños como a sus familias. El colegio sirve muchísimo. Además de que se te abre la mente, cualquier persona con estudios sabe hablar, escuchar y conoce el significado de lo que se dice."

Flora se siente gitana. El orgullo de pertenecer a su etnia y su relación con ambas comunidades ha servido en su lucha para derribar estereotipos negativos y fomentar el respeto. "Me valoran en ambas comunidades. Siempre digo que no hay que temer el qué dirán. No se vive de ello y a la larga se conoce a la persona y su trabajo. He cogido lo que me ha gustado de la sociedad paya y me he quedado con lo mío. Valoro todo de mi cultura. Adoro a mis padres y hermanos. Hay un amor grandísimo a la familia. El cante flamenco es mi vida. Respeto a las personas mayores. Me encantan las bodas y considero que *guardarte* es una maravilla. Eso sí es cultura." Dice luchar por ciertas tradiciones, pero no por las malas costumbres que centra en dos cuestiones:

"En relación a las niñas recomendaría que, si realmente las aman y las quieren, no las quiten del colegio con 12 ó 13 años. La disciplina a tiempo viene muy bien. No por levantarles más tarde para que no pasen frío son mejores padres. Sabrán defenderse, responder, llenar un Currículum Vitae... Si no van a la escuela, a la hora de ir a buscar trabajo, siempre estarán en el mismo entorno. En el colegio están con payos y saben arrimarse a cualquier persona. Aprenden a tener decisiones propias y a no temer nada. Si no les permiten la educación les evitan la vida, vivir como personas y les destinan a la venta ambulante. Si quiero a mis hijos y estoy en contra de lo que yo estoy sufriendo y he padecido, no puedo pretender darles lo mismo."

"Otro punto es el pedimento y los matrimonios de conveniencia. Espero que algún día cambie por completo. Un marido no es un muñeco ni un regalo, es una responsabilidad muy grande. Además, para la gitana, el casamiento es para toda la vida. Hay que compartir el pensamiento y conocerse. De lo contrario, durante muchos años te puedes anular. Entregar una niña a otra persona de la que ignoras su forma de actuar aboca a una vida amargada. Asimismo, me gustaría que si las suegras acogen a una nuera jovencita, metan la mano en el pecho para no juzgarlas. Deben entender que una niña con 14 años no tiene la suficiente capacidad para tener un respeto. Son crías que necesitan el cuidado de una madre y enseñanzas. Si actúan así, al final será como una hija."

Desde su propia experiencia, anima a que toda mujer gitana salga adelante. Para Flora querer es sinónimo de poder. Además, actualmente cuentan con programas, centros gratuitos y ayuda. "Por un lado las entiendo porque, dependiendo de los casos, te pueden quitar la personalidad y no te ves capaz. Pero nunca tienen que decir no puedo. Son el pilar de la vivienda y sin ellas no hay nada. Ellos ceden si ellas quieren. Si yo he salido, ellas también. Se tienen que dejar enseñar y ayudar, no por ello van a ser menos gitanas. Personalmente lo siento más que nunca. Estoy trabajando por lo mío y lucharía con uñas y dientes por salir adelante, para que los gitanos y no gitanos sepan que nuestra cultura no es mendicidad, mansedumbre, pobreza o delincuencia."

Flora de la Rosa Iglesias nació el 12 del mayo de 1963 en Talavera de la Reina (Toledo). Trabaja como mediadora intercultural y sus principales aficiones son el trabajo y el mundo de las finanzas.